

El libro se compone de tres partes: la primera se ocupa de los autores, la segunda de los mensajes incluidos en las obras y la tercera de la recepción de este mensaje por el público.

Tras un estado de la cuestión que implica también una corta presentación de la teoría política del regicidio en el siglo XVII –y que trata la cuestión de manera bastante superficial, pero que permite al lector al menos el hacerse una idea– la segunda parte trata el argumento de la representación del regicidio. El autor logra cautivar la atención de su lector con una larga síntesis (de unas setenta páginas) de las ideas expresadas por los autores y del contexto político en el cual ellos escribían. Esta contextualización es la parte más apreciable del libro dado que informa, organiza y subraya las diferencias políticas (monarquía parlamentaria o absolutista), religiosas (católicos o protestantes), de lugar y de historias (Inglaterra, Países Bajos, Francia).

Ciertamente, el historiador del pensamiento político podría no estar de acuerdo con todas las visiones del autor, pero en literatura, en la escena, las cosas no son nunca como el conjunto de los escritos y de los acontecimientos históricos nos enseñan.

La tercera parte, donde el autor estudia la recepción de las obras y los discursos hechos con ellas, es una especie de ensayo. Consciente de que el *público* conocido se limita "... a algunos censores que otorgan un privilegio", a los críticos, a los dramaturgos y a los colegas, y aún a pesar de esta falta de otras referencias, el autor logra delinear un cuadro interesante de la recepción de los textos en los contextos inmediatos de la obra que en el periodo que considera. La violencia, escribe Weisberger, la crueldad puesta en escena, con las múltiples acciones salvajes que rozan el género *gore*, ese *voyeurismo* del público frente a las efusiones de sangre, esta búsqueda de lo cruel por curiosidad casi insana o por "matar el aburrimiento" no implican necesariamente en sí una aprobación moral de la escena vivida.

La mimesis o la catarsis escénicas devienen entonces una representación de lo que el "público" no quiere "ver" en su vida real, un *imago* del terror, de la violencia sin frenos o de la anarquía, como la disolución del poder, representada en el "regicidio", es definida por el autor de este muy interesante libro. Al lector, registrando la existencia de este volumen, no le queda sino esperar otros libros que continúen las huellas de éste y nos provean estudios complementarios sobre este bellissimo tema.

ARMSTRONG, Megan C. *The Politics of Piety. Franciscan Preachers During the Wars of Religion, 1560-1600*, University of Rochester Press, Rochester, 2004, 288 pp. ISBN 9781580461757, por Marco Penzi (EHESS – prohistoria)

Este libro se ocupa de los motivos por los cuales los Franciscanos (limitando el universo a los observantes y dejando lugar para futuras investigaciones sobre conventuales y capuchinos) se convirtieron en una referencia política y de la influencia de su obra durante las Guerras de Religión en Francia en el siglo XVII.

Partiendo de una concepción religiosa y política basada en la doctrina medieval profesada por el fundador de la orden, en el contexto turbulento de las guerras de religión, la

predicación franciscana se volvió sujeto de contestación del rol político detentado por la realeza francesa. Las implicaciones de activismo político de los religiosos son estudiadas en el contexto socio-político-religioso de una Francia atrapada en las Guerras de Religión.

En la base del libro está el análisis historiográfico del rol jugado por los Franciscanos como propagandistas desde el periodo de la Liga Católica francesa (1585-1594), cuando bajo la amenaza de que un heredero protestante (Enrique de Navarra) pudiera convertirse en el nuevo rey francés a la muerte de Enrique III (que no tenía hijos) los católicos –y a la cabeza de éstos la poderosa familia de los Guisa– se unieron entre ellos en una liga con España para erradicar el calvinismo del país.

Así, la Liga formada en 1585, debía primero expulsar de París a Henri III en 1588, luego rebelarse abiertamente contra el soberano (y su nuevo aliado, Enrique de Navarra) tras los asesinatos del Duque y del Cardinal de Guisa en los Estados Generales de Blois de 1588. La Liga, utilizada como *terminem ad quem* del estudio, es considerada como el final de la lenta gestación del pensamiento teológico y político que los Franciscanos supieron inspirar en los católicos franceses.

Según la construcción de la perfección espiritual que derivaba de las enseñanzas de San Francisco, los Franciscanos habían formulado una teoría del rol de los líderes políticos: ellos creían en un cuerpo político cristiano que privilegiaba el rol central del clero en la preservación del reino de Francia. Según esta teoría, durante el periodo de la Liga Católica, ese rol legitimaba una oposición política a Enrique III, acusado de Felonía por el asesinato de los hermanos Guisa (líderes de los Católicos) y también reconocido como tirano por la Sorbona desde comienzos de 1589.

Los Franciscanos no eran sino una simple arma de la Liga, pero habían establecido una crítica del sistema monárquico: condenaban expresamente la política real y su inacción pero también sus connivencias contra los protestantes. Sobre esta base doctrinaria, asociado a otras que venían de una situación social complicada y también fruto de reflexiones diferentes fue que la Liga Católica pudo construir su discurso político. La extrema popularidad de los Franciscanos hizo que el cuestionamiento de los unos y de los otros les granjeara cada vez más aceptación por parte de la población francesa.

El estudio de Megan Armstrong se desarrolla en seis capítulos. El primero estudia el activismo político de los Franciscanos en el contexto complejo de las Guerras de Religión. Los Franciscanos, con su acción de predicadores en defensa de la religión tradicional, devinieron en este periodo la voz de la verdad espiritual para los católicos franceses. La autora proporciona aquí un cuadro general de la situación político-religiosa y del activismo de los Franciscanos.

El segundo examina la teoría espiritual de los Franciscanos y su celo por la religión. El complicado periodo vivido por Francia en ese momento hizo que el celo *misional* que animaba particularmente a esta Orden se afirmara e incrementara. La reforma interna operada por la Orden estuvo ciertamente en la base de ese crecimiento. Por otra parte, en el caso específico de Francia, instaló en los Franciscanos la convicción acerca de un deber a

Dios antes que a cualquier otra autoridad, incluyendo la soberana. Esto explica en parte el compromiso de los hermanos en la Liga si se la define como movimiento de defensa de la religión en un contexto perturbado por la herejía.

La autora aporta también una interesante mirada sobre los conflictos internos de la orden: examinando las disputas y las luchas (a veces físicamente violentas) entre partidarios de un cierto galicanismo y devotos a las órdenes de los enviados y generales de la orden romanos, la comunidad franciscana parisina aparece como un lugar privilegiado donde las influencias parlamentarias locales trataban de detener la lenta progresión de la contra-reforma católica en Francia en nombre del galicanismo y de la autonomía de la Iglesia de Francia. El cuadro resultante es el de una comunidad religiosa bien integrada al contexto institucional francés pero también a pendiente y dominada por los esfuerzos reformistas romanos de fines del siglo XVI en contexto europeo.

La continuación ideal a este camino se halla en el capítulo tres, que muestra los estrechos vínculos mantenidos por los Franciscanos franceses con el Papado y el clero francés en la promoción de su actividad de predicadores en Francia y para obtener una credibilidad internacional como reformadores católicos como un arma importante para contrastar el avance de la reforma calvinista

Examinado el punto, el capítulo siguiente estudia las relaciones entre los Franciscanos parisinos y el conjunto de sus patronos, basándose en el análisis de contratos y en los gastos del convento. Estudiando las relaciones entre los patronos, fueran ellos hombres o mujeres, nobles o burgueses, la autora formula la tesis de que las élites católicas francesas encontraron en la espiritualidad franciscana la puerta de la reforma católica, que en el periodo examinado en este libro devendría no solamente un arma de combate antiprotestante sino también una de las razones del éxito popular de la Liga Católica.

El quinto capítulo aborda la actividad de los Franciscanos en el interior de la Universidad de París, desde el punto de vista de los estudios y las carreras encaradas por los hermanos más conocidos, desde la perspectiva de la cultura humanista o teológica así como desde la vasta red que estos personajes permiten abordar. La Universidad, según la autora, no solamente habría sido un lugar de privilegio para los sabios Franciscanos sino también un medio que la Orden utilizaba para aproximarse a la *inteliligentsia* francesa y desarrollar estrategias misionales de la orden con su ayuda.

El último capítulo se ocupa de la radicalización de las ideas profesadas por la Orden durante las revueltas. Este trabajo hecho sobre los textos de prédicas y sermones, así como sobre tratados de teología pero también de política, reúne los dos puntos de la tesis, reconsiderando la práctica de la prédica bajo la Liga. El examen de las posiciones particulares expresadas por los Franciscanos en sus escritos y sermones permite proporcionar al estudio del pensamiento político de la Liga un cuadro teológico que interesará particularmente a los especialistas de la doctrina política de finales del siglo XVI.

El libro de Megan Armstrong es un soporte valioso para el estudio de la mentalidad no solamente de los Franciscanos observantes sino también de los católicos franceses que encontraron en las predicaciones las fuentes de una nueva espiritualidad contrarreformista

pero también un importante elemento de crítica sociopolítica bajo fondos de guerras civiles y religiosas en la Francia del siglo XVI.

GARCÍA JORDÁN, Pilar “*Yo soy libre y no indio: soy guarayo*”, *para una historia de Guarayos, 1790-1948*, IFEA-PIEB-IRD-TEIAA, Lima, 2006, 611 pp. *Travaux de l’Institut français d’études andines*, ISSN 0768-424X; tomo 219, por Gabriela Dalla Corte (Universitat de Barcelona)

Entre 1825 –momento en que se produce la definitiva independencia boliviana respecto de la monarquía española– y el año 1939 –resuelto también definitivamente el conflicto bélico con el Paraguay en lo que se conoce como Guerra del Chaco– los franciscanos cumplieron en los Orientes bolivianos un importante papel: el de conquistar territorios de frontera, en manos de indígenas que los contemporáneos calificaron de “salvajes” o “bárbaros”, a través de una ocupación necesaria para sustentar el proyecto de consolidación de los Estados Nacionales. En parte, y como bien señala Pilar García Jordán, los franciscanos asumirían un rol mediador entre las sociedades guarayas y el Estado, propiciando al mismo tiempo la conservación de los primeros como grupo. La finalidad de la autora es, en este sentido, romper con una visión esencialista, tanto de la tarea desarrollada por los misioneros como de la efectuada por los blanco-mestizos a partir de la secularización iniciada en 1939, aunque la opción elegida por García Jordán se decanta claramente a favor de los primeros.

En este libro, la autora nos presenta la orden religiosa de los franciscanos en el Oriente boliviano, es decir, en las regiones del norte/noreste amazónico y del sur/sureste chaqueño. Los misioneros, sostiene, fueron uno de los instrumentos principales de la política de “penetración” en territorios de frontera durante un largo periodo que se cierra con la secularización de las misiones y su sustitución por un grupo de blanco-mestizos llegados desde el occidente del país con la tarea de “liberar” a los indígenas del enclaustramiento misional e incorporarlos plenamente a la ciudadanía, a la nación, al mercado. Si tuviésemos que valorar el mayor aporte de este libro posiblemente sería este: poner en perspectiva histórica, desde la realidad actual de las sociedades indígenas guarayas del Oriente boliviano, el papel jugado tanto por los religiosos regulares como por el proyecto de “bolivianización” implementado por administradores y empresarios blanco-mestizos en la suerte corrida por los guarayos durante el siglo XX.

Yo soy libre y no indio: soy guarayo..., circunscribe el proyecto del Estado boliviano a una etapa histórica compleja de la historia del país, entre 1790 y 1948, caracterizada, entre otras cosas, por la pérdida progresiva de gran parte de su territorio a favor de los países vecinos (Argentina, Perú, Chile, Brasil y Paraguay) y por la preparación del terreno para el acceso del poder del Movimiento Nacional Revolucionario (MNR). El libro se divide en un total de diez capítulos distribuidos en tres partes. La primera parte aborda la relación tejida entre Estado, misiones franciscanas y sociedades guarayas entre 1825 y 1939, es decir, desde la independencia hasta el inicio de la secularización de aquellas misiones. Un primer capítulo trata de las misiones como instrumento de la política estatal